

Edward Said, historia de un compromiso

Edward Said, story of a compromise

José Cepedello Boiso

Profesor de Filosofía del Derecho y Filosofía Política de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.
Profesor numerario de Filosofía de Enseñanza Secundaria.

E-mail: jcepedel@yahoo.es

Fecha de recepción: Agosto 2006

Fecha de aceptación: Septiembre 2006

PALABRAS CLAVES: : Edward Said, compromiso, orientalismo, cultura, Palestina.

KEY WORDS: Edward Said, compromise, orientalism, culture, Palestine.

Abstract. In recalling the extensive intellectual, literary, political and vital experience of Edward Said, one of the greatest figures of Political Thought of the 20th century, a word invariably recurs: compromise. His extensive work and intense academic and political activity constitute one of the greatest individual efforts carried on in contemporary age to reach solutions of *compromise* so as to avoid conflicts of unpredictable consequences through all sort of initiatives: from the abstract analysis of those of purely intellectual character to the personal commitment with the so-called “down-to-earth” ones; from a keen political activism to the renewed symbolism of mixed cultural societies. Compromise in every possible way (vital, intellectual, cultural, social, political, religious, even musical) is the key-word to understand the singular value of the Palestinian Edward Said.

Resumen. Al recordar la dilatada experiencia vital, intelectual, literaria y política de una de las figuras más señeras del pensamiento del siglo XX, Edward Said, hay una palabra omnipresente: compromiso. Toda su extensa obra y su intensa actividad docente, divulgadora y política constituye uno de los mayores esfuerzos de nuestro tiempo por alcanzar soluciones de *compromiso* con el fin de evitar desembocar en conflictos de consecuencias incalculables, a través de todo tipo de iniciativas: desde las abstracción de las puramente

intelectuales hasta la toma de posiciones concretas, desde un activismo político decidido hasta el simbolismo renovador en la creación de entidades culturales mixtas. Compromiso vital, intelectual, cultural, social, político, religioso e, incluso, musical son las claves para entender la singular valía de la figura del pensador palestino Edward Said.

Si fuera posible destacar un aspecto en la dilatada labor literaria, política y vital de Edward Said, no sería muy desatinado afirmar que la palabra compromiso expresa, de una manera acertada, gran parte de lo que fue, y sigue siendo, su figura intelectual y humana. Un compromiso que marcó su biografía y su obra y al que no estuvo dispuesto a renunciar, ni un ápice, a lo largo de su extensa labor literaria y su intensa actividad docente, divulgadora y política. Un compromiso surgido de las propias coordenadas biográficas, hijo de cristianos palestinos nacido en las cercanías de la denominada ciudad de las tres grandes religiones, en una época convulsa en que era imposible mantenerse ajeno a los acontecimientos, a pesar de la corta edad de nuestro autor. Y, tras el obligado exilio, el compromiso resurgirá en su labor investigadora y política. En primer lugar, en su concienzuda búsqueda de compromiso entre los dos gigantes culturales: Oriente y Occidente, a través del estudio de las manifestaciones literarias más señeras de ambos. Y en su actitud plenamente comprometida y activa ante la situación de su tierra natal, expresada en obras de atina-

da y profunda reflexión, entre otros temas sobre el mismo hecho del compromiso del intelectual, en artículos donde siempre intentó aunar el sosegado raciocinio con una latente rabia difícilmente contenida, en discursos ante los más dispares foros y, por último, en su participación destacada en organismos de toda índole.

La necesidad de buscar ese compromiso marca el periplo vital del escritor palestino desde sus mismos orígenes, tal y como expresa en su excelente autobiografía, titulada en castellano *Fuera de lugar*, en donde se declara a sí mismo como “árabe pero con una educación occidental (...) pertenezco a los dos mundos sin ser completamente de uno o de otro”. Edward Said nació en Jerusalén, en 1935, territorio enclavado entonces bajo el Mandato Británico de Palestina. Su padre era un próspero hombre de negocios palestino, de religión cristiana y ciudadanía americana, mientras que su madre era una cristiana libanesa, descendiente también de palestinos. Como él mismo nos relata en su autobiografía, vivió hasta los 12 años entre las ciudades de Jerusalén y El Cairo. Tras la Guerra Árabe-Israelí,

en 1948, su familia hubo de abandonar el barrio ocupado de Talbiya, en Jerusalén, y refugiarse en Egipto donde continuó sus estudios en un selecto centro del Cairo, el Victoria College, hasta el traslado definitivo a los Estados Unidos de América. Tras su paso por el Mount Hermon School de Massachussets, su periplo académico se completó en las Universidades de Princeton y Harvard, en la que se doctoró. Posteriormente, instalado en, como él mismo reconoció en su Discurso de aceptación del Premio Príncipe de Asturias, “una vida de privilegio y estudio en la Universidad de Columbia”, en calidad profesor de English and Comparative Literature, Said hubo de elegir entre la comodidad de la indiferencia y el desafío del compromiso, “entre olvidarme de mi pasado (...) o dedicarme a paliar los efectos de los traumas producidos por el sufrimiento y el despojo escribiendo, hablando y dando testimonio de la tragedia de Palestina”. Y, sin ningún género de dudas, optó por la segunda vía. Desde 1976 hasta 1991, fue miembro independiente del Consejo Nacional Palestino, en donde sostuvo, en un primer momento, la solución de los dos Estados, postura que modificaría con posterioridad para defender la necesidad de crear un Estado único en que fuera posible la convivencia pacífica entre palestinos y judíos. Abandonó este organismo, tras la decisión de Yasser Arafat de apoyar a Saddam Hussein en la Primera Guerra del Golfo, actitud que consideró como desastrosa para los intereses de los miles de palestinos refugiados en países de la liga Árabe que se decantaron por apoyar la actuación americana. Después se mostró sumamente crítico con el papel de Arafat en el proceso

que condujo a la firma de los Acuerdos de Oslo, en 1993. En especial, defendía que el líder palestino había vendido a bajo precio los derechos de los palestinos refugiados. En 1999, llevando a la práctica el interés por el hecho musical que había demostrado en sus artículos en *The Nation* y en obras como *Musical Elaborations* (1991), y junto a su gran amigo, el director argentino-israelí Daniel Barenboim, creó la West-East Divan Orchestra, con el objetivo de reunir cada verano a jóvenes músicos de origen árabe e israelí. Como colofón a su labor reconciliadora, expresada de forma ejemplar en esta iniciativa que iba más allá de los límites meramente musicales, recibió, en 2002, junto al citado Barenboim, el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia. En junio de ese mismo año, Said, junto con personalidades como Haidar Abdel-Shafi, Ibrahim Dakar y Mustafa Barghouti, formó la Iniciativa Nacional Palestina, o Al-Mubadara, como alternativa democrática y reformista frente a los dos grandes ejes que polarizaban la actividad política palestina: la Autoridad Palestina y el grupo Hamas. Un año después, el 24 de septiembre, a la edad de 67 años fallecía en un hospital de Nueva York, víctima de una leucemia crónica que se le había detectado en 1990.

Si su vida estuvo marcada por el compromiso, también éste se hace patente en su extensa obra. En primer lugar, su labor investigadora estuvo siempre ligada a la necesidad de buscar un puente de unión entre los dos grandes focos culturales que habían marcado su biografía, Oriente y Occidente, tal y como aparece en obras como *Orientalism* (1978), *The World, the Text and*

the Critic (1983) y Culture and Imperialism (1993). Partiendo del ámbito literario, a partir de sus iniciales estudios sobre la obra de Joseph Conrad (1966), Said supo ir más allá de él, al entender la literatura como una manifestación cultural en la que se hacían patentes representaciones del mundo y de la vida que se constituían como formas de concepción y expresión de la realidad. Y, más aún, alcanzó a definir de qué manera esas formas de concebir la realidad se originaban en determinadas estructuras de poder y se constituían como basamentos para justificar, sostener y defender los mecanismos políticos en los que se habían generado. Said reconoce en este punto la herencia de cuatro grandes autores: Franz Fanon, Antonio Gramsci, Michel Foucault y Jean Paul Sartre, a quien siempre admiró hasta el punto de intentar comprender su marcado sionismo como fruto de un sentimiento europeo de culpa surgido del aún vivo recuerdo del Holocausto .

Siguiendo a Gramsci, entiende la cultura como un lugar de lucha entre los diversos actores de la sociedad civil quienes, de forma persuasiva y sutil, crean representaciones acordes con las coordenadas que propicien su acceso al poder y, en palabras de Foucault, alcanzar, de esta forma, una hegemonía que, con posterioridad, la propia cultura se encargará de sostener, expandir y perpetuar. Estas representaciones surgen de percepciones seleccionadas de la realidad y son luego reconducidas, de manera interesada, hasta el punto de conseguir en el sujeto actitudes de identificación, reconocimiento y legitimidad acerca de simbolizaciones que poco pueden tener ya que

ver con su correlato objetivo real. En gran medida, ese correlato es ahora la propia interiorización en el inconsciente colectivo, creando lo que comúnmente se denomina el imaginario, versión interesada y de fuerte carácter simbólico sobre algún aspecto de la realidad, arraigada de tal forma en el inconsciente común que difícilmente es sometida a crítica reflexiva.

En Occidente, una de las grandes construcciones del imaginario colectivo era precisamente Oriente. Said va a intentar desmontar ese imaginario orientalista, buscando tras él los mecanismos diseñados para conseguir afianzar en los sujetos una visión de Oriente con capacidad para movilizarlos y provocar en ellos sentimientos profundos de reconocimiento y legitimidad social, artística, política o económica. Un Oriente construido a imagen y semejanza de los intereses occidentales. En concreto, de los intereses de sectores precisos de esa sociedad occidental, aquellos que alcanzaron la hegemonía política tras una previa y continua dominación cultural. Con el fin de lograr desmontar este imaginario, Said parte de su situación privilegiada de compromiso entre las dos culturas y de una postura crítica e inclusiva: desmontar, no para crear un nuevo estereotipo sino para eliminar todos aquellos prejuicios del imaginario que nos impiden un acercamiento más racional y objetivo a la realidad. Sólo así sería posible el entendimiento entre dos grandes construcciones culturales que, tras un contacto que perduraba durante siglos, aparecen, sin embargo, con el transcurrir de los años, como más lejanas y mutuamente incomprensibles e irrecon-

ciliables. Porque, tras el aparente interés secular de Occidente por la cultura Oriental, se ocultaba una proyección de poder cuyos objetivos no eran otros sino dominar, reestructurar y ejercer una hegemonía absoluta en todos los ámbitos. Los discursos que intentaban acercarse al Otro no eran sino un planeado campo de minas para el entendimiento mutuo dominado por la autorreferencialidad: Occidente no había intentado comprender a Oriente sino que lo había utilizado para autoafirmarse, actitud secular que Said extiende a los medios de comunicación contemporáneos en su libro *Covering Islam: How the Media and the Experts Determine How We See the Rest of the World* (1981).

Y, con este objetivo, había convertido a Oriente en una negatividad, a través de una visión degradada de muchos aspectos de sí mismo, que situaban al Otro en un marcado plano de inferioridad que legitimaba la dominación y justificaba ésta como una forma de redención en el Otro de las miserias propias. En ocasiones, Oriente podía aparecer como un sueño, como el lugar donde cumplir deseos inalcanzables en Occidente, pero un sueño surgido de un planeado proceso de acumulación de pesadillas. Se concebía como el lugar donde expiar las propias culpas y era este proceso de liberación, que se alcanzaría en el Otro, lo que convertía la pesadilla en sueño. Fuente de innumerables recursos, sustento del poder militar, reducto de expiación de culpas, negatividad que justifica las políticas de autoafirmación y redención a través del expansionismo político y económico; Occidente había convertido a Oriente en el sus-

trato último de su consolidación hegemónica y la cultura no había hecho otra cosa sino enmascarar, legitimar y fortalecer este proceso. El impacto de las propuestas de Said fue de tal magnitud que, además de generar innumerables grupos de seguidores, la mayor parte de los críticos, de lo que se denominó “teoría del discurso colonial”, no hacía con sus objeciones sino fortalecer los presupuestos de partida del autor palestino. La propia labor de los intelectuales fue también objeto de análisis por parte de Said en obras como *Representations of the Intellectual: The Reith Lectures* (1994) o *The Pen and the Sword* (1994), en las que defendía que el verdadero intelectual debía comprometerse a poner en tela de juicio las cuestiones más molestas para el poder y no debía rehuir, sino, al contrario, buscar el enfrentamiento con la ortodoxia y el dogma con una finalidad clara: denunciar los abusos de poder allí donde se produjeran para instar a los gobiernos a no desarrollar políticas que supusieran el menoscabo en los derechos humanos de una parte, por minoritaria que fuera, de esa misma humanidad de la que, con tanta facilidad, se predicaban los derechos en declaraciones grandilocuentes y, en cierta medida, huecas.

Pero, siguiendo el acendrado espíritu de compromiso que le caracterizaba, Said no se limitó a plasmar sus teorías en complejos y atinados textos de elaborada y concienzuda disquisición hermenéutica sobre innumerables obras de la literatura universal, sino que trasladó sus conclusiones abstractas al campo de la acción en muy diversos ámbitos, entre los que es inevitable destacar su breve pero exquisita obra li-

teraria, su extensa actividad académica, su perspicaz labor periodística y su pertinaz acción política. En el terreno literario destaca su libro de memorias ya citado, *Out of Place* (1999), en donde el autor sabe aunar el puro valor estético con la fuerza del testimonio más preclaro. Al mismo tiempo que va hilvanando, de forma minuciosa, sus recuerdos, desplegando a través de los acaeceres cotidianos ese yo híbrido que le caracteriza, hace emerger de las páginas del texto el relato de una época y los signos iniciales de su ocaso. Identificándonos con el personaje alcanzamos la simbiosis con todo un pueblo logrando sentir los efectos brutales de las agresiones, las expulsiones, la destrucción de los hogares; en suma, el sufrimiento que supone ser objeto de un contumaz intento de liquidación física, cultural y moral. En el campo académico, además de su labor durante décadas en la Universidad de Columbia, recibió innumerables doctorados honorarios en universidades de todo el mundo y fue miembro de asociaciones de prestigio como la American Academy of Arts and Sciences, la American Academy of Arts and Letters, la Royal Society of Literature y la American Philosophical Society.

Su actividad divulgadora se multiplicó a través de incontables medios de comunicación con los que colaboraba asiduamente. Eran continuas sus aportaciones a publicaciones como *The Nation*, en donde combinaba sus escritos de índole política con los de crítica musical, *The Guardian*, *Le Monde Diplomatique*, *Al Ahram* o *Al Hayat*; no eran escasas sus intervenciones en diversos programas de radio independiente,

así como sus apariciones en medios que se iniciaban en la difusión digital de las ideas como *London Review of Books* y *CounterPunch*. Sus contribuciones en estos ámbitos han favorecido el acercamiento, con todos sus innumerables matices, de la realidad del sufrimiento del pueblo palestino a la opinión pública occidental, a través de la denuncia continua de la ocupación israelí, la condena del respaldo incondicional de EE.UU. a la política de los sucesivos gobiernos de Tel-Aviv y el olvido de la situación de postergación y abandono del pueblo palestino, propiciada incluso por sus propios representantes. En sus artículos analizó, de forma certera, las brutales prácticas políticas y militares de los altos estamentos israelíes, los delicados engranajes de la engrasada política americana en los más diversos ámbitos, académicos, mediáticos e ideológicos para sustentar al Estado israelí en Palestina y en todo el mundo árabe. Pero, también, supo sacar a la luz la indignidad de los mismos dirigentes árabes y su sumisión a Occidente o la mediocridad y el servilismo de sus intelectuales apegados al poder, tal y como lo sintetizó en su libro *Gaza y Jericó: 'pax americana'* (2002). Tal fue el poder de su aguijón mediático que sufrió la censura tanto de la prensa occidental como de la árabe, llegando a estar en el punto de mira del propio F.B.I.

No obstante, lo que continuamente levantaba las sospechas de los servicios secretos, tanto americanos como israelíes, era su arriesgada labor política. Como ya indicamos, desde 1976 fue miembro del Consejo Nacional Palestino de la OLP, cargo del que dimitió en 1991 al aceptar este orga-

nismo participar en la Conferencia de Madrid. Al igual que se había opuesto al apoyo de Arafat a Saddam Hussein en la Primera Guerra del Golfo, por entender que serían innumerables los perjuicios que recaerían sobre los palestinos exiliados en los países árabes que se habían declarado partidarios de la coalición occidental, Said no estaba dispuesto a aceptar que el diálogo entre las partes estuviera marcado por una situación de desventaja surgida de la idea de que la OLP había sido una de las partes vencidas con la derrota del ejército iraquí. Por las mismas razones, se mostró contrario a la firma de los Acuerdos de Oslo por entender que en las negociaciones se había partido de una situación inaceptable de desequilibrio y unilateralidad en beneficio de los intereses de Israel y que la actuación de los dirigentes palestino había sido ignominiosa al ceder ante las presiones de Israel a cambio de nada. Toda esta actitud política fue luego vertida con singular maestría, además de en numerosos artículos periodísticos y conferencias por todo el mundo, en obras como *The Politics of Dispossession* (1994) o *Peace and Its Discontents: Peace on Palestine in the Middle East* (1996). A partir de estos años, y mostrando esa independencia intelectual que había defendido teóricamente en sus obras, sus manifestaciones públicas y sus aportaciones al debate del conflicto palestino estuvieron marcadas por una dura y pertinaz crítica a la dirección de la Autoridad Palestina, organismo que, en 1996, en una reacción intolerable y despótica, decidió vetar sus libros debido a sus acendradas denuncias contra los Acuerdos de Oslo y contra la actividad política de Arafat.

Tras la segunda Intifada del 2000, Said se afianzó cada vez más en sus posiciones, vertebradas en dos ejes principales que para muchos resultaban incompatibles: el derecho de los palestinos a resistir contra la brutal ocupación y represión israelí, así como la defensa del derecho de los refugiados palestino al retorno, pero optando, para conseguir esos objetivos, por la vía de la no violencia. En consonancia con esta postura, en 2002, se adhirió a la recién creada Iniciativa Nacional Palestina, cuya principal propuesta radicaba en la creación de un único Estado democrático para palestinos e israelíes. Según el periodista Robert Fisk, la rabia difícilmente contenida ante las actitudes de ambos bandos, así como los cada vez más graves síntomas de su enfermedad, convirtieron a Said en los últimos años de su vida en un hombre iracundo y enojado, pero con evidentes razones para estarlo. Tachado por parte de la opinión pública americana como un traidor al país que le había acogido, acusado de apoyar los actos terroristas e investigado por los servicios de inteligencia, denostado por Arafat y los dirigentes de la Autoridad Palestina como un renegado a su pueblo que se sentía con poder para opinar desde su privilegiado púlpito neoyorquino y zaherido, en definitiva, por todos, simplemente por la decisión valiosa y arriesgada de defender, a toda costa, su independencia, su libertad de criterio y por buscar, como fin principal, el bien para el tan maltratado pueblo palestino, Said se mantuvo firme, a pesar de los incontables sufrimientos que debía soportar por esa dura e implacable enfermedad que acabaría con su vida en septiembre del 2003.

¹ “A year after our brief and disappointing Paris encounter Sartre died. I vividly remember how much I mourned his death”, en “My Encounter with Sartre”, *London Review of Books*, vol. 22, no 11.

² En esta línea, Said fue tachado, al mismo tiempo, de *prooccidental*, por autores como Sivan, y de fortalecer el fundamentalismo islámico por críticos como Abaza y Stauth. Mientras que Rodinson le achacaba que, a pesar de haber descubierto la necesidad de establecer puentes de comunicación entre ambos ejes culturales, lo que había hecho Said era fortalecer la dicotomía. Sivan, E., “Edward Said an his Arab reviews”, en AA.VV., *Interpretations of Islam; past and present*, University of Princeton Press, Princeton, 1990 y Abaza, M. y Stauth G., “Occidental reason, Orientalism, Islamic fundamentalism: a critique”, en AA.VV., *Globalization, Knowledge and Society*, Sage, Londres, 1990.

³ En un texto aparecido en *CounterPunch*, David Price revela que, a tenor de los archivos del F.B.I., Edward Said fue objeto de vigilancia por este organismo desde 1971. Price, D., “How the FBI Spied on Edward Said”, en *CounterPunch*, aparecido el 15 de enero de 2006.

⁴ Fisk, R., “Palestinian, intellectual, and fighter, Edward Said rails against Arafat and Sharon to his dying breath”, *The Independent*, 26 de septiembre de 2003.